

orgía del infierno, una batalla de condenados: las bayonetas chocaban con los machetes, las imprecaciones apenas se oían con los tiros: se pisaban manos, piernas, cráneos, cuerpos que todavía se movían y palpitan: se andaba entre sangre, se pisaban sesos, se metía el pié en entrañas calientes todavía. No conozco otra cosa semejante en la historia de nuestras discordias políticas. Falta á la dinastía un baño postrero, y le tuvo en aquellas termas de sangre abiertas por bayonetas españolas en el cuartel de San Gil.

¿Y qué hacían entretanto los verdaderos motores de la revolucion, los hombres civiles? Hicieron lo que pudieron. Carlos Rubio, llegado á Madrid entre mil peligros, pesando sobre él una sentencia de muerte, peleó como un héroe. Martos, Castelar y otros anduvieron hasta que ya no fué materialmente posible, entre una lluvia de balas, recorriendo las barricadas de los barrios del Norte. Sobre la mesa de Pico Dominguez, en su casa, escribió Castelar una proclama dirigida á los españoles. Pero aquello se acababa: los artilleros en retirada se refugiaban en el barrio de Pozas, y allí se disolvía á los últimos: las barricadas de la calle del Pez, de la plazuela de San Ildefonso y de todos aquellos alrededores eran tomadas unas tras otras; ya no se oían gritos á la libertad, sino los mueras de los vencedores, y los ayes de los heridos. O'Donnell, cuando supó que todo estaba concluido en la zona del Norte, se sonrió con alguna mas alegría de la con que solía sonreirse siempre, y dijo, frotándose las manos: «Ahora vamos al Sur.» A la caída de la tarde el Sur estaba vencido. Algunos patriotas dormían sobre las piedras de la calle el último sue-

ño. En una de las esquinas de la plaza de Anton Martin, en la que dá á la entrada de la calle de la Magdalena, habia grandes charcos de sangre. La batalla habia sido allí empenada y ruda. Así concluyó aquel dia trágico.

Los jefes mas caracterizados, así civiles como militares, se refugiaron cada uno donde Dios les dió á entender. Pierrad fué acogido en el palacio del duque de Alba. Castelar y algun otro encontraron asilo en la calle del Arenal; de allí á pocos dias pasaron á la calle de Hortaleza en casa de otro amigo; pero como la policía viniera registrando una por una las casas, tuvieron que salir de allí y refugiarse en la embajada de los Estados-Unidos. Allí vinieron á buscarlos Navarro Rodrigo y Abelardo Lopez Ayala, y los escoltaron hasta la frontera para que nadie los detuviera ni se metiese con ellos. Aquel fué el único rasgo de generosidad del gobierno. Despues vinieron las matanzas bárbaras de los sargentos prisioneros, que indicaban que habia una hiena en el trono y un partido-verdugo en el poder. Madrid estaba desolado. En palacio se bailaba por el triunfo obtenido.

XXXVII.

Cuando Castelar se vió en Francia, desterrado, léjos de lo que mas amaba en el mundo, su patria, la Hespéride eternamente sonriente, la tierra que tiene por corona un cielo siempre azul y unas estrellas que parecen sirenas silenciosas dormidas en los océanos del éter, desmayó su

ánimo y honda tristeza asaltóle. Ya no vería á Valencia, la ciudad de las torres árabes y góticas, la ciudad de las palmas y de los naranjales: ya no vería á Cádiz, la sultana del mar, la musa de las hondas: ya no vería á Sevilla, la tierra de las selvas de rosales, el nido de los perfumes, el suelo de las noches paradisaicas, en que el aire arrastra por todas partes acordes melancólicos, los suaves quejidos de las canciones andaluzas que parecen acentos de hadas que lloran en la hora sagrada de la noche, que es la hora sagrada de la poesía, su destierro acá en la tierra: ya no vería á Granada, ni su Alhambra, ni su Generalife, ni su Albaicín; donde todavía parecen que suenan, en las altas horas en que los pueblos del Norte colocan las danzas vertiginosas de sus wilis, los acordes de las guzlas de las Noemas, de las Aixas, de las Zulemas, y de las Malicatulzarachs; ya no vería siquiera las crestas del Guardarrama con su diadema de copos de nieve, con su faja de nubes blanquecinas sobre su diadema. ¡Oh, la patria, la patria! Yo creo que todos los emigrados han debido repetir la amarga frase de Danton: «Donde quiera que yo vaya llevaré la patria bajo la suela de mis zapatos.» No ver aquel sol que nos calentó, ni aquel cielo que nos cobijó, ni aquellos campos sobre que nos tendimos, ni aquella yerba que pisamos, ni los árboles que nos dieron sombra, soñar en todo esto y decirse. «Una sentencia de muerte me cierra las puertas de mi país,» es morir como Moisés sin ver la tierra prometida, ó mejor aun, penar en un calabozo, como Colón, después de haberla visto.

Castelar fijó el centro de su residencia en París. A poco el gobierno de Madrid le condenó á

muerte en garrote vil. En París prosiguió el curso de sus interrumpidos trabajos literarios. Continuó sus correspondencias, sus crónicas, sus revistas, sus artículos políticos para los periódicos americanos. Algunas repúblicas del Sur de América le ofrecieron hogar, patria y ciudadanía, pero él no quiso aceptarla. Guardaba la viudez de España con el empeño con que todos hemos guardado, en nuestra primera juventud, la trenza rubia ó el capullo de rosa, seco después, que nos dió la mujer amada. Ya hemos dicho antes, que él, uno de los emigrados mas ricos, repartía entre sus hermanos de infortunio una de las tres partes de lo que ganaba.

La emigración ha sido de gran provecho para Castelar. Ha adquirido nuevos conocimientos, ha tratado á nuevos é ilustres hombres; ha enriquecido su fantasía, de suyo pintoresca y oriental, con los rayos de sol de otros países, con las tintas de luz de otras regiones. Visitó á Mazzini que aun vivía, que era como el pensamiento de Italia hecho hombre: vió la sombra de Cavour agitando la bandera italiana; de Cavour que habia sido el pensamiento de Mazzini infiltrándose en la diplomacia y en la política práctica, y fué á ver por fin, ó mas bien á postrarse, á los piés del marino del Plata, del dictador que tuvo entre sus manos la corona de Nápoles, del herido en un pié en un Aspromonte, bala que penetraba al mismo tiempo en el pie de Italia, y la dejaba coja para que no pudiese llegar á Roma en mucho tiempo, fué á postrarse, repito, á las plantas de Garibaldi, el Cincinato de nuestros dias. Como Mazzini habia sido la idea, el sueño, y Cavour la política, la diplomacia, Garibaldi

fué la tempestad, la espada centelleante con la luz de aquellas dos estrellas, la política del uno y la idea del otro. Así se completan en la historia los hombres, frágiles instrumentos del progreso. Castelar admiró al ilustre general y habló con él de los sucesos de España y de las esperanzas que tenía para el porvenir.

No vamos á referir minuciosamente los viajes de Castelar á Inglaterra, á Suiza, á Italia. En ellos adquirió nuevas ideas: comparó los monumentos de unos y otros países: educó mas y mas su espíritu, eminentemente artístico, con la contemplacion de los edificios del Norte, que parecen lanzados hacia lo alto para que busquen un poco de aire y luz, y los de los países del Sur mas bien bajos que altos, y que parecen contruidos así para que el sol venga á buscarlos en sus nidos, como la paloma á su hijuelo, y á traerlos luz, brisas, colores, nubes que se cierran sobre ellos como gasas, y reflejos que se detengan sobre sus cúpulas, como estensos arco-iris que cantan la eterna fiesta del sol y del aire, del crepúsculo y de la aurora en los países meridionales.

Tenia gana de ver á la Suiza, la tierra clásica de la república en Europa, y fué á visitarla. Cuando entró en los cantones suizos no se abalanzó sobre él frenética turba de aduaneros para registrarle, ni de esbirros para mirar su fisonomía y pedirle su pasaporte. Vió aquellas montañas coronadas de eterna nieve que parecen gigantescos y ancianos titanes sentados sobre el suelo al borde de los precipicios desde el día primero de la creacion; vió el S. Gotardo, que un día el vencedor de Novi, Souwarow, forzó triun-

falmente para huir despues por los Grisones, donde está fresca todavía la sangre de los soldados rusos soterrados, despeñados, aplastados; vió á Zurich y recordó que Massena, en los tiempos de las coaliciones europeas contra la república francesa, la habia tomado, destrozando el ejército de Korsakow y cogiéndole seis mil prisioneros: vió sus bosques verde-oscuros donde parece que, como en los antiguos bosques de las Galias, va á encontrarse uno el druida de las selvas con el cuchillo levantado y la víctima al pié del ara: vió los lagos azules teñidos con todos los reflejos del cielo, dormir como hadas en la hora de la siesta, al pié de las colinas; vió rios caudalósísimos precipitarse con solemne rumor desde las mas elevadas alturas: vió aquellas casas blancas, cada una de ellas con su pequeño jardin á la puerta, mezcla de naturaleza y de sociedad, que tan en armonía está con el espíritu de los tiempos modernos; admiró aquella raza de hombres que han sabido fundir en un abrazo verdaderamente eterno á la libertad y el orden, esa eterna antimonia de los pueblos latinos: vió los cantores católicos y los protestantes: se admiró de la sencillez de costumbres de aquel país: preguntó á la sombra de Guillermo Tell, errante aun por aquellas montañas y por aquellos valles, el secreto de la grandeza de aquel pueblo, y la sombra se detuvo y le repitió la frase de Montesquieu: «Si el honor constituye la base de las monarquías, la virtud es la fuerza de las repúblicas:» y al ver todo esto y al comparar este pueblo con aquel otro que acababa de dejar, la Francia, la Atenas de todos los placeres, la Babilonia en todas las concupiscencias, la Corinto

de todas las frivolidades, la Alejandría de todas las ideas, se llevó las manos á la frente y mirando á aquellos desfiladeros y aquellas gargantas, por las que no puede penetrar el aire de la servidumbre, se dijo con dolor: «Francia, Francia, la nación humana, el tribuno de los pueblos, el Verbo de las naciones, tú eres como los pantanos de Holanda que retratan el cielo en su superficie y tienen en sus entrañas todos los cienos.»

Después de haber visitado el Lido de Venecia, y la bahía de Nápoles, viajes de que hablaremos después, porque el viaje á Italia ha producido un libro bellissimo, recientemente publicado, que se llama *Recuerdos de Italia*, Castelar encaminóse á Londres. Tenia ganas de observar de cerca esa admirable raza británica, tan pertináz, tan individualista, tan trabajadora, tan interesada, tan púnica á veces. Paseando por los jardines de Hyde-Park, tan espaciosos, tan inmensos, recordó que aquella raza era la que con Wilberforce habia librado tremendas y tenaces batallas contra la esclavitud de los negros: la que con Roberto Peel habia abierto por la ley de cereales los graneros del mundo al pueblo inglés, que comia antes el negro mendrugo caido de la mesa del Lord: la que con O'Connell primero y con Gladstone hoy ha luchado sin tregua por la emancipacion de la Iglesia; la que con Fox y Pitt habia enseñado al mundo lo que puede la perseverancia y la tenacidad de un pueblo que se empeña en vencer á un gran coloso, y que aquella era, por último, la raza que al aventar á un puñado de sus hijos á una playa de América, habia hecho caer sobre ella un núcleo de hom-

bres que con el hacha del plantador en una mano y la Biblia en la otra, derribando con la primera la encina secular que caia al suelo como en triunfo, despidiendo á los aires una bandada de pájaros que lloraban la muerte de sus nidos, y poniendo la segunda sobre el tronco gigantesco derribado en toda su gloria, y postrándose sobre aquel libro é interrogando á Dios que ellos veian moverse entre sus letras y entre sus hojas; habia hecho caer sobre ella un núcleo de hombres, que habian de sembrar de ciudades aquellas regiones inexploradas antes, de puentes aquellos rios, de buques aquellos mares, de ferro-carriles aquellas soledades, de vida, en fin, aquellos bosques habitados hasta aquellos instantes por serpientes y por indios.

Observó muchas cosas: que en Francia habia mas igualdad, pero que en Inglaterra habia mas libertad; que en Francia las ideas nuevas se arrojan á los cuatro vientos para que todo el mundo las utilice, y que en Inglaterra se guardan, se utilizan sigilosamente, se conservan por el esclusivo provecho nacional, hasta que las corrientes del progreso las lanzan á los mercados del Universo; que en Inglaterra el progreso es mas tardo para llegar, pero mas seguro cuando ha llegado, y lo contrario en Francia; que aquella cuando llegue á la república sabrá consolidarla de una manera definitiva y será eterna en aquel suelo; y que esta la conquistará un dia y la perderá al siguiente y volverá á reconquistarla y á perderla, sin encontrar nunca el hilo que la guie por el intrincado laberinto de sus propios errores y desvanecimientos.

Admiró sobre todo los milagros de esa prodi-

giosa industria inglesa, que llena con sus productos los mercados del mundo entero; aquellos ferro-carriles de circunvalacion, aquellos ferro-carriles subterráneos: el Támesis no pudiendo contener los buques, las barcas, los botes que le llenan, que cruzan, que le atraviesan: las mil chimeneas que vomitan humo, como fuego los caballos alados de las leyendas: las calderas de vapor que rugen como caballos marinos: el carbon de piedra que llena el aire: aquel cielo nebuloso, opaco, triste como una leyenda del Norte: las torres góticas del Parlamento y las ojivas de la abadía de Wesminster: aquellos domingos en que no hay otros como ellos en el mundo, silenciosos, tristes, en que todo comercio para, en que toda industria cesa, en que todo ruido calla: aquellas calles sin fin, aquellos barrios sin término, aquella poblacion verdaderamente incommensurable y aquellos policeman que parecen estatuas de la ley puestas en las esquinas, policeman que protegen, que guían, que observan, que conducen, que intervienen. Advirtió que el pueblo inglés le gusta mas lo útil que lo bello, el goce que la impresion, el confort que la naturaleza, el método que las pasiones, y así sus libros son, mas que bien escritos, bien pensados; sus grabados mas bien acabados que bellos, y en sus pinturas hay mas correccion de dibujo y estudio anatómico de las formas, que genio, arte, inspiracion. El pueblo inglés puesto en un suelo esponjoso, húmedo, árido, ha sido el Prometeo de sí mismo: ha encendido la luz de su industria y de su florecimiento sin robársela á nadie y no quiere perderla por exceso de pasion y de dissipacion. Es una Cartago cristiana.

En Lóndres empezó á escribir Castelar la vida de Lord Byron. Aconsejamos su lectura á todo el mundo: es bellissima. Sin embargo, en mi sentir hay algo en ella del cielo que retrata, del carácter que pinta. Un libro escrito bajo un cielo que tiene por estrellas partículas de carbon de piedra, no puede ser lo mismo que el escrito en la bahía de Nápoles, ó en presencia del golfo de Bayas. El escritor no puede menos, y doblemente si es poeta, de dejarse influir por todo aquello que le rodea. En la vida de Lord Byron hay trozos deliciosos: observaciones delicadísimas y esa erudicion que con todos los motivos y con todos los pretestos aparece en las obras de Castelar: pero no hay esos trozos de poesia etérea que hay en los Recuerdos de Italia, esas miriades de estrellas que salpican el alma del lector con las chispas de sus rayos, esas especies de párrafos de ángel que derraman sobre el corazon el hatchis de todos los trasportes del espíritu. Yo encuentro algo práctico en la vida de Lord Byron: el estilo es generalmente cortado: los párrafos pequeños. No parece sino que el autor ha querido hacerse inglés con Lord Byron, como italiano, é italiano del renacimiento, al pintar la capilla Sixtina. De todas maneras la vida de Lord Byron ha obtenido inmensa ovacion, en América sobre todo. La segunda edicion está agotándose y no hace mucho que se tiró la primera. Este es el poder del genio. Es sensible que Castelar haya sido ministro. Figuraos á Jehová con su barba larga y su frente tachonada de estrellas, viniendo á sentarse en el banco del Sanhedrin de los fariseos y poniéndose á discutir con ellos, y decidme si esto sería racional y justo. Algo de esto sucede con Castelar. Si